



CARMEN, PRIMAVERA, 1945

Juan Eduardo Zúñiga

215

En las facciones acusadas –los pómulos marcados, la mandíbula fuerte–, yo intentaba descubrir los sentimientos, la historia de cierta madurez en los ojos, a veces prematura seriedad en la boca, pero sonreía y entonces retornaba a otra edad, de niña. Era tan joven por su peinado, por su escasa corpulencia que no se podía comprender cómo siendo así hubiese escrito aquella asombrosa novela que describía los más hirientes gestos en familias aturcidas por la avalancha de la reciente guerra. Ella, tan joven, se atrevía a narrar lo que se ocultaba y no se debía revelar en letra impresa. Buena parte de hombres y mujeres de entonces guardaban el secreto, unos, de haber sido vencidos, otros, de cómo pensaban, y otros, de tener dislocada la conciencia.

Me presentó a Carmen Laforet un amigo. Ella estaba alegre aquella tarde y cómo no, con el reciente premio y la súbita fama, de lo cual hablamos y nada más, pues yo no sabía sino que era la autora de la crónica veraz de unos caracteres conflictivos, desordenados.

Ahora, mi recuerdo lejano se fracciona en el espejo íntimo que captó tantas imágenes interesantes, y sólo creo recordar que en aquella habitación había música de baile y bebidas y una suave templanza y una pareja, amigos de Carmen, y el que nos invitaba a su casa, y como si no tuviéramos justificación de estar allí reunidos íbamos de un lado a otro buscando las palabras. Y sin embargo, pese a la lejanía, muchas más impresiones se acumularían en las horas, dos o tres, de la reunión, densas de sonrisas, de cumplidos, de observación, de cruce de ideas apenas dichas.

Calata

